**MI HISTORIA**

Mi nombre es Hellen Margarita Castellar Castillo, soy de San Juan Nepomuceno (Bolívar), nací el 10 de Octubre del año 2004 y tengo 17 años. Mi familia está compuesta por: Mi mamá, mi papá, y mis dos hermanos menores, en total somos 5 miembros de la familia Castellar Castillo.

Nací en Cartagena, Colombia en el Hospital de la Mujer en medio de un aguacero de 4 horas, viví en esa ciudad alrededor de 4 años en la casa de mi abuela paterna y luego nos mudamos a San Juan Nepomuceno a lo que hoy en día es mi casa.

Estudié en el Jardín los Pequeños Sabios, luego en el colegio privado Los Cariñositos donde me enseñaron muchísimo a leer y escribir y después de eso cursé mi primaria y secundaria en la Institución Educativa Normal Superior Montes de María, una institución dedicada a la formación de docentes donde me destaqué por mi rendimiento académico y posteriormente me gradué como bachiller pedagógica con honores en el año 2021.

Tengo una familia muy numerosa y unida, somos más de 80 personas en total y uno de nuestros pasatiempos favoritos como familia es ir a la finca familiar y compartir con todos mientras hacemos comidas deliciosas y jugamos juegos divertidos. Una de las cosas más importantes en mi vida, es mi familia, todo el apoyo, el amor y la felicidad que me dan me hace sentir la persona más amada del mundo y nunca me cansaré de agradecerle a Dios por ellos.

Tengo muchísimos recuerdos felices de mi infancia y toda mi vida en general, uno de ellos es la reunión familiar del 2010 donde toda nuestra familia se reunió y compartimos como por tres días seguidos mientras nos reíamos, bailábamos, recordábamos y contábamos muchas cosas; en esa misma celebración me regalaron mi primera bicicleta y estaba tan emocionada por mi regalo que me partí un brazo.

Cuando era pequeña mi familia no estaba en la iglesia y tuve que presenciar cosas como ver a tus padres borrachos mientras tus hermanos y tú están solos y sin cuidado o tener que lidiar desde muy pequeña con problemas concernientes a la relación de mis padres. Mirando atrás creo que para mí fue necesario tener que vivir ciertas experiencias no tan buenas porque me ayudaron a crecer mucho como persona y ser la persona que soy ahora.

Desde muy pequeña me he caracterizado por ser madura, responsable y muy centrada y creo que todo eso se debe a que tuve que lidiar con situaciones que no me concernían a mi edad pero que debía hacerlo por salvar y proteger a mis hermanos y a mi familia.

Amo a mi familia con locura y ahora que estoy grande soy consciente que los errores y faltas que cometieron mis padres en el pasado no los definen a ellos como personas en el presente. Creo que uno de los principios cristianos que aprendí y que practico mucho por mi experiencia es la honra a los padres (Éxodo 20:12) porque no importa qué cosas hacen o hayan hecho nuestros padres, nuestro deber debe ser amarlos y amar con ello sus defectos.

De mi mamá aprendí que: “si no tienes nada que hacer debes acosarte o leerte un buen libro” y de mi papá aprendí que: “si vas a hacer algo, lo debes hacer bien, de lo contrario es mejor no hacerlo”, son las personas más sabias que conozco en todo el mundo y son uno de mis puertos seguros de esta vida.

La mayoría de la familia de mi abuela es adventistas pero ella no era adventista y por consecuente mi mamá tampoco lo era y por esa razón no nací en un hogar adventista, aunque hay que resaltar que siempre tuvimos la semilla del evangelio en nuestra vida.

Nos empezamos a involucrar más con Dios y con la Iglesia Adventista cuando mi tío Humberto desarrolló un cáncer de estómago, posterior a esto el murió pero nosotros seguimos asistiendo a la iglesia y con nuestra esperanza viva de que algún día lo volveremos a ver.

Me bauticé en la Iglesia Adventista del Séptimo Día de San Juan Nepomuceno el día 18 de Marzo del año 2019 junto a mi hermano menor. Cuando me bauticé era plenamente consciente de la decisión que estaba tomando y de la responsabilidad que estaba ligada a ella, el día de hoy sigo pensando que esa es la mejor decisión que he tomado en mi vida y que del sendero de la vida junto a Dios no me apartaré nunca.

No entregué mi vida a Dios porque estaba pasando por momentos difíciles, porque toqué fondo o me ocurrió algo místico, simplemente cuando lo conocí supe que una vida al lado de Dios es el éxito y la felicidad que toda persona desea tener y yo deseaba con todo mi corazón tener esa vida de seguridad, paz y amor pleno que Dios ofrece en un mundo lleno de pecado, problemas y dificultades.

Una experiencia que marcó mi relación con Dios fue la siguiente: Durante la pandemia, la ansiedad y la depresión se activaron en mí, recuerdo como en ocasiones me tenía que levantar de una reunión familiar donde estaba súper feliz porque de repente me entraban unas ganas incontrolables de llorar y debía hacerlo. O como la ansiedad generaba en mí un estado de quietud como respuestas a los miles de bombardeos que mi mente dictaba por minuto. Cuando estos estados de depresión y ansiedad se presentaron en mí, yo supe de inmediato qué era lo que estaba pasando, así que me aferre a Dios fuertemente mientras oraba, meditaba, leía la biblia y en una de esas noches de depresión recuerdo tan vívidamente como sentí que Dios me abrazo y me dijo: Todo va a estar bien.

Mirando hacia atrás puedo notar claramente como Dios siempre estuvo conmigo, me guardó, me protegió, me cuidó y me separó para Él desde un inicio de mi vida. El agradecimiento que yo tengo por Dios cada día y cada minuto de mi vida no se compara con nada; me llena de su amor, de su gracia, de sus millones de bendiciones a cada segundo y sobretodo me da un propósito en esta vida y mucha valentía y fuerza para salir adelante siempre.